

1. CHICOS DE CIUDAD.

Nuestro grupo lo formábamos 7 personas de entre 15 y 18 años. Estábamos a las comodidades que nos ofrecía la ciudad y nuestra vida giraba en torno a ella. Allí estudiábamos, trabajábamos, salíamos...

Cansado de la rutina un día Ander propuso hacer una excursión al campo, a pasar un fin de semana en contacto con la naturaleza, cerca del río donde poder bañarnos y disfrutar del buen tiempo que ya nos ofrecía Mayo. La idea no causó gran furor entre nosotros y en un principio todos nos negamos, pero entonces Ander nos retó a todos apostando a que no éramos capaces de sobrevivir en el monte durante 2 noches, valiéndonos únicamente de lo necesario para poder salir adelante. Ante esto reaccionamos por demostrarle de lo que éramos capaces aceptamos sin vacilar un instante.

Preparamos todo lo que necesitábamos en grupo, tuvimos alguna discusión respecto al equipaje que íbamos a llevar, no nos poníamos de acuerdo en lo que era necesario y lo que no, pero a pesar de tantas disputas decidimos seguir adelante con la idea.

Llegó por fin el viernes y emprendimos nuestra aventura. Nos acercamos hasta el bosque más próximo en coche y lo dejamos aparcado antes de entrar en él. El resto del camino lo teníamos que hacer a pie debido a la dificultad de acceso con vehículos. Escogimos una llanura cerca del río y allí instalamos nuestras tiendas de campaña, cosa que hay que decir que nos costó nuestro tiempo por la inexperiencia que nos caracterizaba en todo lo referente a la supervivencia en este tipo de entornos.

En la primera noche no hicimos mucho la verdad, porque todos nosotros nos encontrábamos exhaustos y decidimos acostarnos pronto para aprovechar mejor el día siguiente, así que tras cenar unos trozos de carne a la brasa y charlar un poco, nos acostamos.

Madrugamos mucho ese día, más bien, habría que decir que apenas dormimos por no estar acostumbrados a pasar la noche en un duro suelo, sin nuestras almohadas y el tan cómodo colchón del que tanto nos acordamos esa noche. A pesar de ello, el buen tiempo que hacía nos alegró la mañana a todos.

Decidimos hacer una caminata a lo largo del río hasta llegar a su nacimiento, y a la vuelta prepararíamos algo de comer y pasaríamos la tarde beneficiándonos de las propiedades que nos ofrecían el sol, el campo y sobre todo el río. Así pues comenzamos

a caminar siguiendo el curso del río, disfrutando del paisaje que nos brindaba la naturaleza, descubriendo infinidad de cosas que desconocíamos por completo, multitud de animales, especies de plantas, árboles u arbustos que bordeaban las orillas del río y que en conjunto formaban un panorama que nos cautivó a todos por completo. A la vuelta comimos algo rápido y nos tumbamos a tomar el sol y a descansar de nuestra marcha, y tras hacer la digestión comenzamos de nuevo a gozar con nuestros juegos y risas en el agua del río algo fría pero agradable al tacto de nuestros cuerpos acalorados a causa del sol.

Al anochecer conversamos acerca de nosotros y de las cosas más íntimas que no hubiéramos sabido nunca los unos de los otros de no ser por la tranquilidad y confianza que nos inspiraba aquel lugar. Más tarde nos acostamos, fue entonces cuando me di cuenta de lo que esa excursión había significado realmente para todos nosotros. No sólo descubrimos un entorno acogedor que nos hipnotizó por completo y que nos ofreció una alternativa para pasar el tiempo de forma agradable y saludable, sino que resultó ser una experiencia inolvidable, que nos unió más que nunca y mejoró nuestra relación notablemente.